

# Una ascensión al Popocatepelt (5.452 mts.)

*He aquí a un buen paisano nuestro. Ha escalado esta famosa cima mejicana y emocionado escribe a su hermano político, otro buen montañero, las incidencias de la ascensión. Por su interés las transcribimos, seguros de que han de tener una acogida favorable.*

Querido José Mari:

Ayer te envié unas vistas del famoso volcán Popocatepelt, el cual escalé el domingo día 30 a las cinco de la tarde, en medio de una regular tormenta de las que aquí se desarrollan diariamente en esta estación del año.

El anterior domingo subí a las rodillas de la Ixtaccihuatl, (mujer blanca o mujer dormida) cuya altura es de 5.050 metros. Pensaba hacer todos los domingos un monte de más de los cinco mil metros, pero debido a lo que anteriormente explico de las lluvias diarias, que en las alturas se convierten en tormentas terribles, nevadas o granizadas fuertes, recomiendan los Clubs no se hagan estas ascensiones por el peligro que encierran.

Como te digo anteriormente, ayer escalé el Popo, cuya altura es de 5.452 mts.

Salimos una expedición de 22 personas, entre ellas tres mujeres, una belga y dos mexicanas. A las 9 de la mañana iniciamos la ascensión, con una temperatura de diez grados bajo cero. A los 4.000 mts. comenzamos a pisar algo de nieve en las barrancas que atravesábamos. Nos remontamos a los 4.800 por

unos despeñaderos terribles. Pasamos a la parte de roca y de aquí a la nieve permanente. Desde los 5.000 mts. y en plena nieve, atacamos la base del cono del volcán, cuya pared es peligrosa por su verticalidad, los desprendimientos, aludes, etc. Escogimos este camino, el más recto pero el más difícil, porque los «tigres volcaneros», organizadores de la ascensión eligen lo peligroso para darle más mérito. Viendo la inclinación que tiene la parte que íbamos a escalar y lo

difícil que estaba el tiempo, aparte de lo fatigoso que se había hecho el ascenso, varios de los expedicionarios optaron por no subir, entre ellos algunos de los más famosos volcaneros. Nos quedamos en mi grupo solamente cinco, el ingeniero de María y Campos, que hacía de guía, un matrimonio



«Verás con envidia el famoso Popocatepelt con sus 5.452 metros de altura y nieves perpétuas.—Voy a subir en breve y deseo me envíes un escudo de la Federación de Alpinismo y del C. D. Eibar».

franco-belga, el retaguardia y yo. El tiempo se estaba descomponiendo y venían unas rachas de viento, niebla y granizo que nos dejaban helados. No podíamos detenernos por el intenso frío y tampoco podíamos hacer esfuerzos porque a esa altura es imposible. A cada paso hay que tomar aliento y asegu-

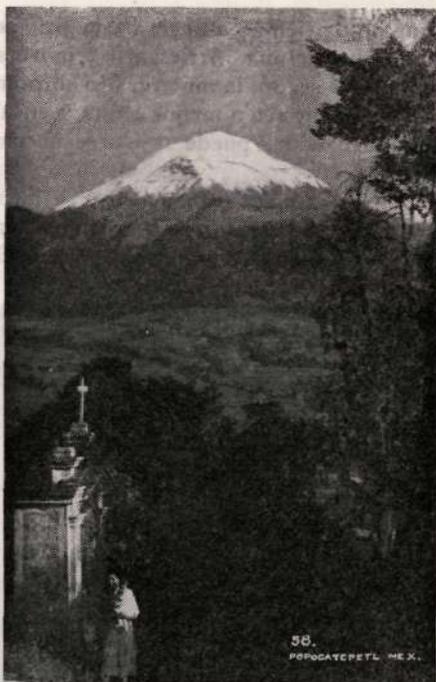
rarse muy bien en la brecha que va abriendo el guía.

Habíamos tenido que variar de dirección por las indicaciones de desprendimiento que advirtió el guía en la nieve, debido a lo blanda que se hallaba todavía y la casi verticalidad de la pared que estábamos subiendo. Hubimos de pasar por un puente de nieve hecho sobre una de las famosas grietas que distinguen a este volcán, la cual a pesar de sus primores en heleros y filigranas interiores, casi nos da un susto. Aprovechamos el cable para pasarla y sólo nos dió un pequeño disgusto cuando se hundió hasta más de medio cuerpo el guía. Ayudándonos y amarrados salvamos el obstáculo; continuamos la peligrosa y dura subida. Ni los spais agarraban en la nieve a causa de su blandura, habiendo sitios que se resbalaba completamente, porque la que cayó en la noche no estaba soldada aún a la anterior. Preferimos no atarnos, porque en una caída a estas alturas y en tal desnivel arrastra el que cae a toda la expedición. Por ello nos dividimos, al comenzar a ascender, en dos grupos casi iguales.

Siguiendo al pie de la letra las instrucciones del guía, íbamos dando las mismas pisadas que él y en el mismo sitio, sin cambiar los pies, pues no se adaptan estando cambiados y hay mucho peligro por el resbalamiento. Los piolets conviene clavarlos en sitios distintos y con seguridad. Así subíamos lentamente sin poder mirar hacia abajo por miedo a los mareos y al peligro de desnivelarse. Tampoco es conveniente mirar hacia arriba, porque se ve una cosa blanca y vertical interminable, que hace un efecto poco agradable. A estas alturas no se puede casi res-



En las grutas heladas del Popocatepelt, a 5.200 metros.



«El mejor recuerdo de mis excursiones de Alta Montaña: El Popocatepelt».

pirar y se enrarece la atmósfera extraordinariamente. El menor esfuerzo puede costar un disgusto. Los latidos del corazón se oyen fuertemente en el cerebro. El matrimonio franco-belga, curtido en los montes suizos, comenzó a sentir frío y desfallecimiento. En la difícil postura que nos encontrábamos, les pudo proporcionar guantes y una bufanda el guía. Continuábamos subiendo la interminable pared y parecía que nos encontrábamos en el mismo sitio. Después de cuatro horas de escalarla no llegábamos al final. La niebla y el frío estaban entumeciéndonos. La primera nos hacía favor, por ocultar el precipicio sobre el que estábamos ascendiendo. Desde el punto que nos encontrábamos es imposible retroceder por varias razones, la primera por lo peligroso y difícil que se hace colocar el pie en las pisadas de subida, las cuales se hielan en seguida y son muy resbaladizas, lo segundo por el peligro de resbalar en las inclinaciones de bajada y deslizarse hasta la barranca llamada de los muertos, donde van a parar casi todos los que tienen la desgracia de caer desde aquel sitio, y lo tercero, por lo avanzado de la ho-

ra, que no dá tiempo a llegar hasta sitio seguro con luz del día. Arriesgarse a moverse de noche, es segura la muerte, y si sorprende ésta, aunque sea a menor altura y en alguna oquedad, no puede resistirse la temperatura.

Cada metro que avanzábamos se hacía más difícil y trabajoso, pero no había más remedio que animarse y continuar con tesón



Dentro del cráter del Popocatepelt.

y valentía. En estos casos se impone la voluntad y la confianza, pues de otra forma es fatal. Hay que tener fe y decirse interiormente: «venceré», «venceré», para no acordarse de las dificultades tan tremendas que la empresa supone. Al mismo tiempo se debe pensar que la impotencia, el desfallecimiento o la cobardía de cualquiera, acarrea la desgracia de todos. Si el guía tiene que atender a uno del grupo, deja abandonada la expedición con grave peligro de sus vidas. Si no atiende al que lo necesita, se despeña o se hiela. El retaguardia carga con la misma responsabilidad, pero hay casos imposibles de atender en esas circunstancias, e inclinarse por el mal menor.

Con la confianza y seguridad del guía, uno de los más curtidos en estas faenas, llegamos a un sitio donde se veía el final de la pared. Este final era muy relativo, pues a medida que ganábamos altura, nos encontrábamos peor. Influyó mucho el axfisante olor a azufre que despedía el volcán y que el aire nos lo metía en los pulmones. El frío era intensísimo y congelaba la cara. Las gafas especiales de nieve se empañaban y no se po-

dían limpiar, debido a la dureza de los guantes. A pesar del pasamontañas y los tapabocas de lana, parecía que no llevábamos nada.

Estábamos ya a 5.300 mts. Nos faltaba poco, ¿pero quién podía responder de llegar? Por fin llegamos a distinguir el borde del volcán. Nos animábamos los unos a los otros. El guía se portaba magníficamente. Era penosísimo levantar los pies y respirar.

La pequeña distancia se hacía interminable. Parecía tocarse con la mano, pero los movimientos eran muy lentos. Acompasadamente o tomando aire a cada paso, llegamos por fin al cráter. La niebla era densa y muy fría. Ahora nos hacía sufrir enormemente porque estábamos descubiertos. Venían ráfagas de aire helado que nos cortaba la cara. Estas ráfagas no dejaban ver a intervalos la grandiosidad del cráter.

Todavía nos encontrábamos a más de cien metros del pico mayor. Las cruces se veían casi al alcance de la mano. Siguiendo la línea del volcán llegaría-

mos por su vértice a la mayor altura, al labio superior. La pendiente era suave y la distancia mínima, pero ¡qué frío más despiadado nos azotaba! No podíamos casi caminar y era peligrosísimo quedarse quietos. A pesar del entusiasmo, de la emoción y del deseo de llegar a la cúspide que estaba tan inmediata, no podíamos alcanzarla tan fácilmente. Salió andando el guía, animándonos cariñosamente y en aquel momento me adelantaron el matrimonio franco-belga. Sentí una cosa extraña y quizá eso me perjudicó y restó energías, pero sobreponiéndome a todo y cegado de amor propio, o no se de qué, porque en esas circunstancias está uno inconsciente, comencé a caminar por el borde del enorme cráter y antes de llegar a la primera cruz, estaba junto al grupo que formaban el guía y el matrimonio. Al ir a adelantarlos, dentro de la lentitud, me detuve al ver que el ingeniero-guía se ponía de rodillas y juntando las manos, dirigía la vista al cielo dando gracias. En el momento de levantarse, seguí andando hacia la segunda cruz, distante unos cinco metros y colocada en la máxima altura, para ser el primero en

tocarla. Al verme tan decidido, el guía me gritó: «¡Sr. Ruiz, por favor no se acerque!» «¡No se acerque por favor!». Me detuve como a metro y medio y noté una cosa rara. Entonces me dijo el ingeniero: «Las cruces están cargadas de electricidad». Efectivamente, se notaba un contorno como de fuegos fátuos. También se oía un ruido como el de un aparato de radio cuando está encendido sin estación. Al aproximarse produce como pinchazos en el cuerpo. Los cabellos los pone completamente erectos. Hay que dejar los spais, piolets y toda clase de metales porque atraen la corriente. Explicado por el guía, lo basa en que en esta temporada, como siempre hay tormentas, se cargan dichas cruces de electricidad y les dura mucho tiempo.

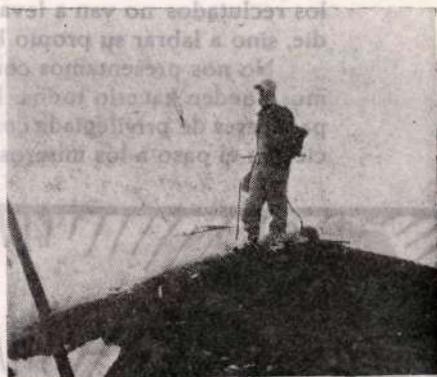
¡No te puedes figurar querido José Mari con qué emoción abracé al guía y al matrimonio! Es imposible explicar lo que sentí al gritar: «¡Viva el C. D. Eibar!» Tuve que volver la cara por si se me caían las lágrimas, que no me vieran. No sé si me salieron o no, pero sentí un nudo en la garganta.

A punta de piolet puse en el suelo lo que había gritado. Entre las dos cruces quedaría el nombre del Club. Llevaba prevenida una tarjeta para depositarla, aunque aquí no existe esa costumbre. También la dejé en la Cruz de Ixtaccihualt. Al quitarme los guantes para escribir sentí un frío horrible, que casi no me dejó terminar. Lo hice de mala manera y sin sensibilidad en la mano. Me aproximé como un metro a la cruz más elevada y, alargando el brazo, puse la tarjeta y la tapé con unas piedras. Quiero aclarar, que a pesar de ser la cúspide no hay nada de nieve al igual que en todo el borde del cráter, debido a que el viento deja toda la arista limpia de un lado. Sin embargo, a los pocos metros hay una capa enorme, que por algunos sitios es permanente.

Al querer entrar la mano en el guante, no puedo hacerlo por haberseme arrugado el de dentro, que era de lana, y hallarse durísimo el exterior, que es de cuero fuerte. Tuve que dejarme la mano a medio entrar y metérmela enseguida debajo del brazo para evitar la congelación. A pesar de todo se me puso medio morada y a fuerza de movimientos, masajes y golpes la hice reaccionar casi completamente. Todavía tengo insensibles las puntas de los dedos y por eso cometo tan-

tas faltas. La protección de la cara me sirvió de poco, pues la tengo como un pimiento morrón a causa de la nieve. No me puedo afeitarse y se ríen de mí toda la familia. El labio superior y la nariz van recuperando la sensibilidad lentamente.

Bien merece la pena esto a cuenta de haber ascendido a la cumbre del enorme volcán con su elevación de 5.452 metros, colocando sobre él la tarjeta de mi querido Club. Me he propuesto que todas las alturas superiores a los cinco mil metros sean holladas por un afiliado y lo conseguiré. En ocho días he ascendido a dos a pesar de lo difícil de la estación. Si se organiza para el próximo domingo alguna de idéntica altura, también iré. La bajada fué pesada, pero a medida que se desciende y a pesar del cansancio que produce el esfuerzo y la altura, se va recuperando y respirando bien. A las nueve de la noche todavía andábamos buscándonos para emprender el regreso juntos. El grupo que llevaba el hijo del compatriota nuestro, ingeniero Vázquez Humasqué, gran volcanero y excelente guía, tardó más que una hora de lo previsto. Él recogió mi tarjeta y la va a mandar a Eibar. Llegó este grupo al pico



«En el «Pico Mayor» del volcán Popocatepelt (5.452 mts.) después de una dura escalada con un día muy malo».

mayor cerca de una hora después que nosotros a pesar de haber hecho casi idéntico recorrido. No me alabo de haber llegado el primero, pues comprendo que el guía podía haberlo hecho mucho antes, pero desde luego la verdad es que los adelanté a todos.

A. RUIZ

DEL CLUB DEPORTIVO EIBAR